

BAUTISMO DEL SEÑOR (CICLO A)

Con la celebración de hoy finalizamos el ciclo de la Navidad. A partir de su encuentro con Juan el Bautista, Jesús dará inicio a su vida pública y la liturgia iniciará las celebraciones del tiempo ordinario. En los días anteriores hemos visto cómo el Mesías era anunciado por los ángeles, recibía la visita de los pastores y los magos, y era reconocido por Simeón y Ana. Hoy es el mismo Padre del cielo quien dice: «Este es mi Hijo, el amado, el predilecto». Y el Espíritu Santo desciende en forma de paloma para posarse sobre Él. Se trata de una bella teofanía trinitaria.

Pero, además, en el bautismo de Jesús se prefigura el bautismo de todos los cristianos. Así lo indica el prefacio de la Misa de hoy: «Porque en el bautismo de Cristo en el Jordán has realizado signos prodigiosos, para manifestar el misterio del nuevo bautismo». Jesús no ha descendido a las aguas porque tuviera necesidad de purificarse, sino para santificarlas. Por eso, de alguna manera, cuando somos bautizados, el Padre nos dice a través de Jesús: «Tú eres mi hijo amado», y el Espíritu Santo viene a nosotros y nos comunica la gracia.

En este episodio de la vida de Jesús, que Pedro recordará con emoción (segunda lectura), se nos muestra también la humildad de Jesús al dejarse bautizar por Juan. La gracia nos viene a través de la carne de Jesús. Es a través de su humanidad como Cristo se acerca a los hombres. Antes, con su presencia visible, ahora, mediante los sacramentos. Por eso dice san Juan Crisóstomo: «Los misterios de la vida de Cristo han pasado a sus sacramentos». Ahora, cuando la Iglesia bautiza, la vida divina se comunica a través del agua; en su bautismo fue la humanidad de Jesús la que santificó las aguas.

El poder liberador y santificador de los sacramentos nos es anunciado en la primera lectura cuando se dice: «Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas». No hace falta tener mucha imaginación para ver en esas expresiones una figura de la realidad del pecado, de la que sólo puede liberarnos Jesucristo.

Pero la regeneración del hombre no culmina en la liberación del pecado. Por el contrario, somos regenerados para llevar una vida nueva. San Pedro habla de Jesús de Nazaret, «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él». Ese mismo Espíritu Santo es el que se nos comunica a nosotros. De ahí que estemos llamados y capacitados para hacer realidad a Cristo en nuestra vida. Lo que Dios nos manda a veces puede parecer difícil. Esas dificultades desaparecen cuando consideramos el don inmenso que nos ha dado y que nos capacita para ser santos.

En la Eucaristía, Dios no nos puede dar nada más grande que a Él mismo. Nos alimenta el mismo Dios. Por eso, cuando venimos a Misa y comulgamos, estamos comulgando lo que estamos llamados a ser: santos como Cristo es santo.